

Las Ciudades griegas no parece que se preocupasen de organizar una nueva defensa, renacieron los conflictos entre Atenas y Egina, mientras que en Esparta los éforos se ocupaban en derrocar al rey Cleómenes.



Así las cosas, la derrota de Maratón terminó por el momento con las invasiones persas de Grecia. No obstante, Tracia y las islas Cícladas habían sido absorbidas por los aqueménidas, y Macedonia había sido reducida a un reino vasallo. Por lo demás, Darío seguía decidido a conquistar Grecia, en parte para asegurar la frontera occidental de su imperio. Por todo ello, comenzó a reclutar un nuevo ejército, más poderoso, pero sus planes se vieron perturbados en el 486 a. C., con la rebelión de sus súbditos de Egipto. Esta rebelión pospuso indefinidamente los preparativos para la expedición, y las cosas se complicaron aún más cuando Darío murió mientras se disponía a marchar sobre Egipto.

Por su parte, las Ciudades griegas no parece que se preocupasen de organizar una nueva defensa. Así, renacieron los conflictos entre Atenas y Egina, mientras que en Esparta los éforos se ocupaban en derrocar al rey Cleómenes, a quien condenaron por traición para sustituirlo por Leónidas. Por lo demás, únicamente Atenas se preparaba activamente, ya que el general Temístocles aceleró la construcción de la flota y puso en astillero 200 trieras. Mientras, Jerjes I, sucesor de su padre Darío, preparaba su ofensiva por la ruta norte excavando un canal al pie de la península del Monte Athos, construyendo

puentes en el Estimón y el Helesponto e instalando avituallamientos a lo largo tanto de la ruta interior como de la marítima. Con todo, para el verano del 481 a. C., los griegos partidarios de la resistencia se reunieron en el Istmo. Así, hicieron un esfuerzo por entenderse, dando fin al conflicto entre Atenas y Egira, por lo que aceptaron el mando espartano de las fuerzas aliadas, lo que para los historiadores plantearía el problema del punto en el que debería realizarse el esfuerzo de detener el avance persa.

Segunda guerra médica

Dado que se trataba de una invasión a gran escala, en julio del 480 a. C., en Termé (Tesalónica), el ejército de Jerjes y su flota realizaron su conjunción, acaso con 150.000 combatientes y entre 600 y 700 trieras. La Grecia del norte les fue abandonada, mientras que un ejército griego de seis a siete mil hombres, mandados por Leónidas, ocupó el paso de las Termópilas. Combinada con él, una flota de 300 trieras, en su mayoría atenienses, esperó a los persas en el Cabo Artemisio y en el Eurico. Tras dos días de combates indecisos, un informe permitió a Jerjes enviar un destacamento a rodear el paso y atacar a los griegos por la espalda.



Guerro Romano.



Lucha - Soldado Romano.



Avisado a tiempo y consciente de la inevitable matanza, Leónidas despidió al grueso de sus tropas y se quedó con su guardia personal o hippeis de 300 hombres, a los que se les sumaron contingentes y fuerzas tebanas y plateas, que resistieron hasta la muerte, permitiendo así a los demás griegos llegar a la retaguardia y prepararse para una nueva defensa. Por su parte, por mar, la flota griega se retiró tras varios combates indecisos, mientras vendavales y tormentas dañaron gravemente a la persa.



Escena de la Segunda guerra médica.



Mientras los peloponesios imponían la concentración de tropas en el Istmo, la flota se congregaba en la bahía de Salamina. Los persas se adueñaron de Histiea, en Eubea, y de la Fócida, y se hicieron aceptar en Grecia central y, sobre todo, en Beocia. El Ática estaba abierta y, a pesar de las medidas tomadas, la llegada persa al territorio provocó una retirada casi general hacia Trecén, en la Argólida, Egina y Salamina. No obstante, algunos se refugiaron tras las defensas de madera de la Acrópolis, pero serían exterminados e incendiada la ciudadela. Así las cosas, Temístocles, temerosos de los efectos de estas devastaciones en la moral de la flota, forzó las operaciones. De esta manera, a fines de septiembre del 480, se desencadenó la célebre y confusa batalla naval de Salamina, cantada por Esquilo. La flota persa, empujada a un espacio demasiado estrecho para sus remos, resultó entonces muy dañada, y lo que quedó se retiró y dispersó muy pronto. Por su parte, Jerjes regresó al Asia, por tierra, dejando a Mardonio llevar el grueso del ejército a Tesalia y establecer los cuarteles de invierno.

CONSECUENCIAS DE LAS GUERRAS

Se frenó la expansión del imperio aunque a pesar de ello no lo debilitó.

Los griegos aseguraron su independencia.

Atenas, prestigiada y fortalecida por el conflicto, logró una gran supremacía marítima, igualando a Esparta en poderío militar.

Se acentuó una rivalidad entre Atenas y Esparta que terminaría enfrentando a las dos potencias griegas.

Surgieron tensiones en el seno de la alianza griega, en particular dentro del grupo de los atenienses, que no gozaban con la protección del Istmo de Corinto, pero cuya flota representaba la clave para la seguridad del Peloponeso.

Parece ser que en ese entonces surgieron tensiones en el seno de la alianza griega, en particular dentro del grupo de los atenienses, que no gozaban con la protección del Istmo de Corinto, pero cuya flota representaba la clave para la seguridad del Peloponeso. Por ello, solicitaron una marcha hacia el norte al año siguiente, al que el resto de los aliados se negó, trayendo como consecuencia el hecho de que la armada ateniense rehusaría unirse al resto de la marina aliada. Con todo, Mardonio permaneció en Tesalia,

consciente de la futilidad de atacar el Istmo, por lo que intentó romper las tablas, ofreciéndole la paz, el autogobierno y la expansión territorial a Atenas, planeando así eliminar la amenaza de la flota ateniense definitivamente, utilizando a Alejandro I de Macedonia como intermediario. No obstante, no logró obtener la alianza ateniense, por lo que realizó una ofensiva diplomática en Grecia central y, aun antes de quedar tranquilo, a fines de junio del 479, invadió de nuevo el Ática. El anuncio de la llegada de ayuda espartana le incitó a acudir a Beocia, donde era inevitable el enfrentamiento. De esta manera, a lo largo de la falda norte del Citerón, el macizo montañoso ubicado en la zona central de Grecia, se desplegaron los 35.000 griegos bajo el mando del regente espartano Pausanias; frente a ellos, los soldados de Mardonio, persas y aliados griegos, más numerosos y con una notable caballería, si bien con infantería de menor calidad.

Escena de la Segunda guerra médica.





Tres semanas de agotadores combates y de luchas en torno a los lugares con agua de la comarca de Platea condujeron, finalmente, a la retirada de los persas tras la muerte, en pleno combate, de Mardonio. Los griegos no castigaron sino a los jefes tebanos partidarios del enemigo, recogiendo durante diez días el botín, enterrando a los muertos y purificando los santuarios.

La alegría fue inmensa. Libres de su miedo, los griegos ofrecieron a los dioses testimonios de gratitud, mientras que la flota ultimaba en el Cabo Mícale, en Jonia, el desastre de la flota adversaria. Por su parte, el Helesponto y las islas quedaban liberados. La guerra entablada por los persas había acabado, y los griegos iban a pasar a la ofensiva en el Egeo. De hecho, el orgullo por el éxito revirtió sobre todos. Para la clase política no era una novedad. Para los thetes de la marina, en cambio, aún habiéndoseles incorporado muchos hoplitas patriotas, era una promoción que llevaba en germen una radicalización de la democracia, al menos en lo que respecta a Atenas. Así, durante las siguientes generaciones, los nostálgicos del pasado celebraron las virtudes de los combatientes de Maratón, aunque fueron mucho más discretos sobre los de Salamina. Sin embargo, por el momento, Esquilo proclamó que todos, ciudadanos libres responsables de su Ciudad, eran igualmente victoriosos.

